

Si mi gemido ronco y lastimero
Llegar no puede á la región umbría. . .
¡Ay muertos muy amables,
Cuyas sombras me son inseparables!
En vano estoy llorando noche y día:
Y en vano ¡ay musa! tu favor me diste
Para que yo llorara mi tormento;
Mas aunque en la alma triste
Los mismos males siento
De que antes me quejaba,
No olvidaré que al son de tu instrumento,
Estos versos cantaba,
Cuando en mis "Ratos tristes" te invocaba.
A Dios, ¡oh musa amada!
Que en el llanto la voz queda anegada.

Así me despedía
De la musa que entona la elegía:
Y entonces la memoria
El libro cierra de mi triste historia.

A LA MUERTE DE CLORI

ELEGÍAS

ELEGIA PRIMERA.

Acelera tu curso, noche umbría,
Y cubre con tu velo tenebroso
La escena infausta de tan triste día.
¿Qué importa que en su carro luminoso
El sol resplandeciente
Salga por el oriente
Alumbrando la lóbrega montaña?
¿Qué importa, si allá dentro en mi cabaña
Sobre la tierra fría
Tendida yace la zagala mía?

¿Posible es, muerte dura,
Que mi mitad más dulce me quitaras
En la mejor hechura
De la madre natura. . . .
Posible es que á mi Clori me llevaras?
¿A dō me la llevaste? . . . ¿á dō te has ido,
Clori, en edad tan tierna?

Paréceme que escucho tu gemido;
Que me responde y dice, que á la eterna
Región obscura del infausto olvido
Descansa ¡ay Clori! en paz, y desde el cielo
Tu espíritu inmortal de luz circuido,
Mi soledad alivie y desconsuelo.

ELEGIA II.

¿Adónde, Clori mía, te me fuiste?
Todo este largo invierno te he buscado
Por mil lugares que nos vieron juntos.
Les preguntó á los montes y á los valles
Por Clori; y sólo me responde el eco
De mis lúgubres quejas. ¡Cuán en vano
Mi voz te llama, si la muerte impía
En su casa te entró, y cerró las puertas!
Aquellas puertas, de dó nadie sale
A respirar el aire de la vida.

Allá fueron contigo mis amores:
Contigo se fué mi alma: allá la tienes
Presa de tu semblante amatecido.
No la cautivan ya tus trenzas de oro,
Ni la alegran con risa placentera
Tus labios de claveles encarnados:
Ni ya en tus ojos el amor sus teas
Enciende para darle un fuego dulce.
Todo esto ¡ay Clori! lo acabó la muerte,
Cuando llegó á tu lecho enfurecida,
Cual fiera brava, que en la noche obscura
Bajó del monte y destrozó la oveja.

¿Qué dios entonces se me entró en el pecho,
Y me animó con fortaleza grande
Para no me excusar en tus oficios?
Yo mismo, sí, con estas propias manos,
Que antes ciñeron á tu sien mil flores,
Cierro tus ojos y tus labios junto:
Lavo tus pies con olorosas aguas:
La vestidura fúnebre te pongo:
Y tu cadáver tiendo en una estera....

Mas si para esto entonces valor hube:
Hoy no lo tengo para recordarlo:
Y consumido de mortal tristeza
Me espera allá, mi Clori, en el sepulcro.

ELEGIA III.

Después que de mis brazos te arrancaron
Ministros fieros de la parca impía,
Y en sus lóbregas cuevas te ocultaron,

¡Cruelles memorias! ¡ay! desde aquel día
En que todos mis bienes te llevaste
Contigo á sepultarlos, Clori mía,

¿Cómo podré decir cual me dejaste,
Perdidos para siempre mis amores,
Y de mis duras penas el contraste?

Dos años, sí, dos siglos de dolores
Cuento ya de llorar tu ausencia eterna,
Sin que aflojen su cuerda los rigores.

Una noche me cubre sempiterna,
Noche fatal, la noche más oscura
Muerto ya el resplandor de tu luz tierna.

¿Con que ya para siempre tu hermosura
Se acabó? Pues ¿qué puede haber dejado
Voraz el tiempo en la honra sepultura?

¡Ay de tí! ¡ay de mí, que traspasado
El corazón de penas, te estoy viendo
Horroroso esqueleto descarnado!

Si no es que acaso á tu sepulcro horrendo
Bajaron otros muertos espantosos,
Y con ellos te has ido confundiendo.

Si no es que tus fragmentos ya mohosos,
Sin que formen su todo, separados
Estarán ya en osarios horrorosos.

¡Tristes reliquias! ¡ay! ¡huesos amados!
¿Quién os hubiera dado alojamiento,
Donde pudiéseris ser mejor tratados?

Obra muy digna del merecimiento
De mi virtuosa Clori, que sería
De inocencia y de amor un monumento.

Esta inscripción sencilla le pondría:
"A su inocente Clori, Silvio amante"....
Pero si soy un pobre, Clori mía:

Recibe, pues, mi amor, mi fe constante,
Mi corriente de lágrimas difusa,
Mi voz con que te llama á cada instante,
Y este postrer obsequio de mi musa.

ENDECIAS.

A CLORI EN EL SEPULCRO.

¿Por qué á mis roncós ayes
No vuelves á este mundo,
Y la región no dejas
De sombras y de lutos?

Sal, ¡ay! Clori, cuanto antes
De ese lugar obscuro;
Por tu ausencia me cubro,
Que de negra tristeza

¿No me oyes? ¡cuán en vano
Mi lengua desanudo,
Y grito, y enloquezco,
Y en lágrimas me inundo!

En vano; pues la muerte
Te llevó como en triunfo
De su pesado cetro,
Al hórrido sepulcro.

Allá te tiene; y cuando
Desde acá te descubro,
Cual por opacos velos
Ansioso lo procuro,

¡Oh si llegara!... entonces...
Pero ya me figuro
Que viene, y que nos pone
Bajo la tierra juntos.

¡Qué consuelo! Ya estamos
Como en puerto seguro,
Libres de las tormentas
En que naufragan muchos.

Hasta que viene el día
En que del cielo sumo
De vivos y de muertos,
Desciende el Rey augusto.

A su voz imperiosa
El letargo sacudo...
No llega, y ¡ya lo veo!
No habla, y ¡ya lo escucho!

Esta es la fe de Cristo.
Clori, á mi llanto turbio
Se sigue el contento
Los raudales más puros.

Duerme, mi Clori: duerme
El sueño más profundo:
Duerme y en paz descansa,
Sin zozobra y sin susto:

Mientras que al cielo vamos,
Y con estrecho nudo
De caridad, gozamos
La suerte de los justos.

ELEGIA

EN LA MUERTE

Del Lic. Don Francisco Verdad y Ramos.

Transivimus per ignem et aquam... et adduxisti
nos in refrigerium.

“Psalm.” LXV, v. 12.

¿Cómo es que á un tiempo los siniestros hados
Derriben só la tierra, con asombro
De la América sabia, una coluna
Que el templo sustentó de nuestra gloria?
¿Por qué da en el sepulero el Varón grande
A cuya antorcha de divinos fuegos
Las ciencias como estrellas relumbraron
En lo alto de la esfera mexicana?
¿Qué! ¿no defienden las virtudes almas
La vida immaculada de los justos,
Cuando fiera la muerte los invade
Cercándolos de males espantosos?
¿Ay amado de mi alma! si en la casa

De los muertos se oyen los gemidos
De la santa amistad, mi voz te mueva,
Mi voz escucha, y á la vida torna:
Torna del grave sueño que entorpece
Tus miembros venerables: y este lloro
Resuene allá en la cama de la tumba
Cual triste ofrenda de tu eterno amigo.
Yo te viera... ¡ay de mí! nunca te viera
Con la carga de infancias pesadumbres
Hundido en la mansión de los culpados,
Y gimiendo en el lecho de dolores!
¿Antes cegara que el haberte visto
Do la justicia fuerte aprisionando
Con cadenas de fierro los delitos,
Castiga los desórdenes del mundo!
¿Purgatorio de infames! ¿Cómo ha sido
Que á tí vaya la cándida inocencia,
Y que allá se confunda entre la negra
Caterva de los crímenes más feos?
Allá se la arrebata en su impetuosa
Corriente la calumnia embravecida,
Como río soberbio que al mar corre,
Y que se lleva lobos y conderos.
Allá fuiste arrojado, caro amigo:
Ese mónstruo infernal que hoy se desata,
Que forza la razón, y que se vale
Del brazo de las leyes prepotente.
Ese mónstruo te arrastra: tú lo sufres.
Tú sufres sus violencias, y animado
Por tu mismo valor, el cáliz bebas
Que te ofrece la suerte más ingrata.
Entonces... yo me acuerdo: parecióme

Que una deidad de lo alto descendía
A mantener inmóvil tu cabeza,
Depósito de luces celestiales.
Tres veces levantó la parca horrenda
Su guadaña, temblando; y otras tantas
El golpe suspendió... Que á tanto obliga
El mérito de los hombres respetables.
Hasta que al fin un sueño, parecido
Al en que posa el triste caminante,
Después de una jornada trabajosa,
Cierra tus ojos, y tu aliento acaba...
¿Con que acaba tu vida?... ¿Y enmudece
Aquella lengua que en el ancho foro
Defendió la verdad y sus derechos
Con rayos de elocuencia abrasadores?
¿Con que ya para siempre se cortaron
Los raudales de dones que salían
De tu mano benéfica en socorro
De las vírgenes, huérfanas y viudas?
Finaste... ¡ah! cierto. ¡Lamentable caso!....
La patria gemebunda te echa menos,
Y la amistad sin término llorando
Con tu memoria se entra en el sepulcro.
Entre tanto mil genios del empireo
Se apoderan de tu alma venturosa,
Y en sus alas de luz resplandeciente
La suben al palacio de los cielos.
Recibenla los ángeles y santos,
Y cantándola el himno de la gloria
La ciñen su corona de luceros.
Esto hará en los trabajos mi consuelo,
Mientras acá en la tierra suspirando

Por tu amable presencia, la esperanza
Me propone el juntarme allá contigo.
Allá libres de males estaremos....
¿Quién lo duda? ¿Pasamos por las llamas?
Pues aliento en las penas, alma mía,
Que el Señor ya nos lleva al refrigerio.

ELEGIA EN LA MUERTE

DEL ILMO. SR.

DON F. ANTONIO DE SAN MIGUEL,
OBISPO DE MICHOACAN

Viae Sion lugent... Sacerdotes ejus gementes,
Virgines ejus squalidae, et ipsa' oppressa
amaritudine.

Jerem. Thren., cap. 10. v. 4.

¡Con que el príncipe Antonio es fallecido!
¡Valladolid infausta! ¡ah! que tu suelo,
Cual si muriera un sol, se ha obscurecido.

Ya lo publica el triste desconsuelo,
Que por calles y plazas se desata,
Enviando quejas al distante cielo.

La Iglesia como viuda se aparata,
Y las festivas galas deponiendo
El negro adorno de sus tocas ata:

Desde sus grandes torres repitiendo,
Al ronco son de voces funerales
El dolor que la está desfalleciendo.

Entretenimientos Poéticos.—20

El coro de ministros clericales
Ya se prepara con la voz doliente,
Que plañirá en las honras sepulcrales.

Lloran las religiosas tiernamente,
Manifestando el pecho atravesado
Del dardo, que las hiere mortalmente.

El congreso de vírgenes sagrado,
Cual sin pastor rebaño de corderas,
Lá estancia aqueja del retiro amado.

Minerva, contemplando sus lumbreras,
Con luz opaca, advierte destrozada
La columna esencial de dos esferas.

De pobres ¡ah! porción abandonada
A su triste orfandad y amargo lloro,
¿Quién dirá vuestra pena redoblada?

¡Dó está, ciudad ilustre, aquel decoro
Que ayer brillaba! ¡ayer!... En un momento
Cae de tu frente la corona de oro.

La parca le acertó golpe violento,
Y como en triunfo de su mano impía
La coloca en un grave monumento.

Allá van las virtudes, y la fría
Losa de duro mármol cincelando,
Hacen eterna su memoria pía.

De los tiempos la guardan, que intentando
Aniquilarla en su veloz carrera,
En vano irán sus hachas levantando.

Que entonces... mas ¿qué imagen placentera
Se me presenta acá en la fantasía,
Cual si en un teatro un velo se corriera?

Muere el príncipe Antonio, y la alegría
Recorre las mansiones del contento,
De la inmutable paz y eterno día.

Muere el cuerpo ¿qué importa, si al momento
El alma de su peso descargada
Se eleva al estrellado firmamento?

En alas de su mérito llevada,
Obra inmortal de todos sus anhelos,
Sube cual viva llama acelerada.

De negras nubes los opacos velos
Se arrollan, y le dejan al instante
Claros los rumbos de los altos cielos.

Abrense ya las puertas de diamante,
Y entrando en el palacio de la gloria,
Se le ciñe una estola relumbrante.

Corona la pureza su victoria,
Y la voz de los ángeles difusa
Celebra tan alegre su memoria,
Que arrebató las voces á mi musa.

ADVERTENCIA

Dánse al público las poesías de esta especie, con el único objeto de no privar á éste de las bellezas poéticas que contienen, y de presentarle la colección más completa que ha sido posible. Si el autor existiera diría ciertamente con Ovidio:

Siqua meis fuerint, ut erunt, vitiosa libellis;
Excusata suo tempore, lector, habe.

OVID., Trist., lib. IV, eleg. 1o.

PROCLAMA Y VATICINIO DE MINERVA En la exaltación de Fernando VII AL TRONO⁽¹⁾

¿Qué pensarían los buenos y los malos de mi silencio?

CAPMANI, *Centinela contra franceses*.

OCTAVAS

I.

En tanto que Minerva, celebrando
Con todo su entusiasmo y ardimiento
La exaltación al trono de Fernando,
Dá esplendor á la patria y lucimiento:
Tú que en la baja tierra estás mirando
Todas las cosas desde tu alto asiento,
¡Oh Apolo! tú me cuenta soberano
Lo que pasa en el suelo mexicano.

(1) Canto que obtuvo el primer premio de poesía en el Certamen que celebró la Universidad de México en 29 de Octubre de 1809. Se le asignaron dos medallas de oro, y cuatro de plata.

II.

Así en tus voces: cuando de repente
Páreceme que baja el dios propicio:
Su felice llegada el campo siente;
La cabaña abandona su ejercicio;
Para su curso la sonora fuente;
He aquí el núnmen por raro beneficio:
Gozad ¡oh montes! su presencia grata,
Y atended qué sus cláusulas desata.

III.

Hay en México un templo fabricado
De rica y milagrosa arquitectura,
A la rubia Minerva consagrado,
Que de gloria lo llena y hermosura:
Allí sobre su trono levantado
Aparece la diosa de luz pura
Su frente ornando con sus ciencias bellas,
A manera de cándidas estrellas.

IV.

Allí sobre su esfera portentosa,
Y cercada de gentes que ilumina,
Con todo el aparato de una diosa
Proclamar á Fernando determina:
Baña pronta su cara de lumbrosa
Púrpura, y encendiéndolo su divina
Palabra con que el mundo reverbera,
A la América habló de esta manera:

V.

“En su cándido solio amanecía
El monarca de luz, alma del cielo,
Repartiendo á los seres su alegría,
Su gozo puro, su vital consuelo;
Cuando infausta la noche... ¿quién diría
Que tan reciente el sol, con triste velo
Una noche fatal su luz cubriera?
¿Su benéfica luz? ¿su luz primera?

VI.

¡Infando mal! la tierra en el momento
De mónstruos se inundó, que vomitaba
Rebramando el abismo: su lamento
Gomebunda la patria redoblaba:
Lloró la religión, y el sentimiento
Al pecho de los justos se lanzaba:
Las tablas se rompieron de las leyes,
Y cayeron los tronos y los reyes.

VII.

Mil veces retendió la madre tierra,
Y bañada en la sangre de inocentes
Víctimas al cuchillo de la guerra
Quiso fragarse las feroces gentes:
Un montón de cadáveres aterra
Al resto de los míseros vivientes:
Y entre tantas tan bárbaras escenas
La esclavitud prepara sus cadenas.

VIII.

¡Teatro espantoso! es cierto: yo lo vía
Cuando el joven Fernando, el sol hermoso
De la España en su trono amanecía
Mostrándonos su aspecto luminoso:
¡Tristes de nos! ¡ay! sí, ¿quién nos diría
Entonces que el engaño riguroso,
Llevádoselo á Francia, nos privara
Del tierno gozo de mirar su cara?

IX.

¡Es verdad! y en los lúgubres momentos
Que nos ocultan los siniestros hados,
Cual bandadas de pájaros hambrientos
Sobre campos de espigas coronados,
Enemigos ejércitos sangrientos
De ladrones en forma de soldados
Cayeron, cometiendo atrocidades
Sobre indefensos pueblos y ciudades.

X.

Asómase la guerra, y van cundiendo
Sus tronadores fuegos la campaña;
Sale la muerte del cañón tremendo,
Y á su estrago despierta el león de España,
Despierta, y mientras á su rigor horrendo
Responde estremecida la montaña,
Corre á vengar ultrajes de su suelo,
Y en su ayuda se ve propicio el cielo.

XI.

¡Propicio el cielo! sí... de la alta cumbre
Desciende á nuestras bélicas legiones
Del Dios de los ejércitos la lumbre
Que inflama á los hispanos corazones:
Allá va la francesa muchedumbre
En fugitivos rotos escuadrones...
Dios está con nosotros: nuestra suerte
Pende tan sólo de su brazo fuerte.

XII.

Al arma, pues, ¡oh América! y aliento;
Y aunque el dulce Fernando esté en Bayona
¿Logrará Napoleón el loco intento
De arrancar de sus sienas la corona?
Animo, y fuerza, y celo, y ardimiento:
¡Viva Fernando! traígalo Belona
A su patria: ¡ah!... ¡Fernando!... ¡viva, viva
A pesar de la suerte más esquiva!

XIII.

Así Minerva al proclamar celosa
Al desgraciado príncipe Fernando,
Y luego nuestra América gloriosa
Fué sus solemnes votos renovando:
Entra en silencio la celeste diosa,
Y después, cual de un sueño recordando,
A impulsos de su alegre fantasía,
Muestra á la España en esta profecía:

XIV.

América felice, enjuga el llanto,
Enjuga el llanto, que benigno el cielo
Deja correr al teatro del espanto,
Movido á compasión, un denso velo:
La antigua madre te convida al canto
Demostrándote limpio el caro suelo
De la plaga infernal que le inundara,
Y que todos sus frutos devorara.

XV.

Ya no se oyen los truenos espantosos
De Mavorte cruel, que al orbe aterra,
Ya no se ven los campos horrorosos
Cubiertos con estragos de la guerra:
Cesó la mortandad, y sus gloriosos
Triunfos celebra la española tierra.
Llegó la paz como la blanca aurora
Del monarca planeta precursora.

XVI.

Allí vienen los bravos capitanes,
Y ocupando sus plazas y cuarteles,
Tremolan los guerreros tafetanes,
Y sus sienas coronan de laureles:
La patria galardona sus afanes,
Y todas sus espadas y broqueles,
Después de tanta sin igual victoria,
Se consagran al genio de la historia.

XVII.

Salid, ninfas del Duero y Manzanares,
Y limpiad vuestra cara lagrimosa,
Que el tiempo ya se fué de los pesares,
Y ha llegado la edad más venturosa:
Vive Fernando: vive, y nuestros lares
Logran ya su presencia milagrosa:
Vive Fernando.... sí, que en nuestras cumbres
Comienzan ya á brillar sus sacras lumbres.

XVIII.

El suspirado sol de las Españas
Asoma por los altos Pirineos:
Saltan de gozo selvas y montañas
Que tienen en mirarlo sus recreos:
Commuévense á su vista las cabañas
Por dó viene el amor y los deseos
De la patria, que á Dios se lo pidiera
Con largos votos de piedad sincera.

XIX.

Alégranse los pueblos y ciudades,
Y al modo que los pájaros cantores,
Cuando vuelve á las mustias soledades
Deleitoso el abril con nuevas flores,
Todos celebran sus felicidades
Con canto universal sus moradores:
España se transporta, y su contento
Hinche de gritos la región del viento.

XX.

Abre Madrid sus puertas, y va entrando
En el carro triunfal de la victoria
A sus altos alcázares Fernando
Acompañado de la hispana gloria:
Su trono lo recibe, coronando
Su ilustre sien su vida meritoria:
Risueñas sus virtudes le rodean,
Y en cotejarle todos se recrean.

XXI.

¡Eh! ya á su grata soberana influencia
Se cubrieron los campos de hermosura:
Huye de nuestras casas la indigencia,
Y sus premios ya vió la agricultura:
Colocando á la igual correspondencia
Entre el noble interés y la fe pura:
Unió su propia bienhadada tierra
En lazo de amistad con la Inglaterra.

XXII.

La inocencia ya tuvo en sus estrados
Dulce acogida de su amor paterno,
Y los negros delitos arrojados
Por su celo bajaron al infierno.
¡Oh tú de los palacios estrellados
Soberano Señor, monarca eterno!
Ampara con tu brazo poderoso
A un príncipe tan dulce y amoroso.

XXIII.

Dijo Minerva: y en el mismo instante
Toma su voz la fama vocinglera
Y por el ancho mundo revolante
La previsión anuncia verdadera.
La turba de los sabios circunstante,
Cual si después de un éxtasi volviera,
Mil veces repitió: viva Fernando
El cetro de la España gobernando.

XXIV.

Al punto se oye concertado un coro
Que la misma Minerva ha convocado:
Brillan los premios de medallas de oro
Con la alma efigie del monarca amado;
Danse á los vates que en cantar sonoro
Las glorias de Fernando han celebrado,
Y ellos la ponen sobre altar ya hecho
De afectos puros en su noble pecho.

XXV.

Mientras Apolo estas cosas me contaba
La brilladora corte parecía
Que con vivos colores me dejaba
Su imagen en mi dócil fantasía:
La deidad de las ciencias me miraba,
Y con risueño labio me decía:
Canta, tierno zagal, canta en mi coro:
Mas no me daba un cántico sonoro,

XXVI.

Todo desaparece: y yo agitado
De un gran placer, en mi campestre suelo,
De la célebre México apartado,
Salto de gozo, y grito de consuelo:
"¡Viva Fernando!" canto alborozado,
"El rey de las Españas!" Y á mi anhelo
Respondieron festivas las montañas:
"Viva Fernando el rey de las Españas."

SONETO

COMPUESTO EN SAN ANTONIO DE TULA

EN UNAS FUNCIONES QUE HIZO ESTA
VILLA POR FERNANDO VII, EN EL AÑO
DE 1808.

Viva el príncipe nuestro "D. Fernando,"
Y muera "Napoleón:" así decía
La Fama voceínglera el fausto día,
Que al nuevo Santander iba volando.

Las villas todas por dó va pasando
Celébranla con cantos de alegría,
Como anuncio á la hispána monarquía
De que su Dios sobre ella está velando.

Regocijase Tula, y al momento
Se alegran sus desiertos y montañas
Esperando un feliz acacimiento:

Todo es gozo en sus rústicas cabañas,
Repitiendo en mil voces de contento:
Viva Fernando el rey de las Españas.